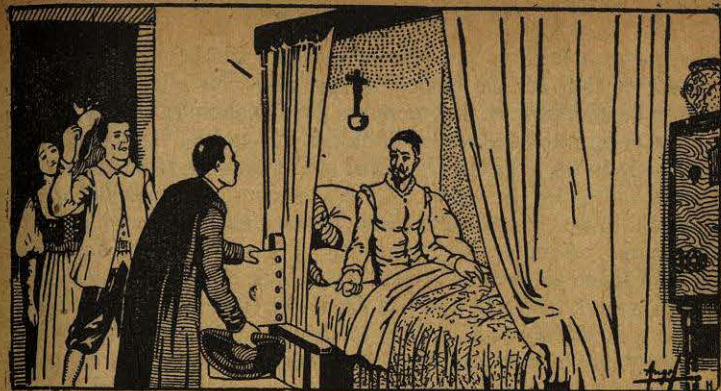


EL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIJOTE DE LA MANCHA

PARTE SEGUNDA



EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

PARTE SEGUNDA

CAPÍTULO PRIMERO

*De lo que el Cura y el Barbero pasaron con
Don Quijote cerca de su enfermedad.*

Cuenta Cide Hamete Benengeli, en la Segunda parte desta historia, y tercera salida de Don Quijote, que el Cura y el Barbero se estuvieron casi un mes si verle; por no renovarle y traerle a la memoria las cosas pasadas; pero no por esto dejaron de visitar a su Sobrina y a su Ama, encargándolas tuviesen cuenta con regalarle, dándole a comer cosas confortativas y apropiadas para el corazón y el cerebro, de donde procedía, según buen discurso, toda su mala ventura; las cuales dijeron que así lo hacían, y lo harían con la voluntad y cuidado posible; porque echaban de ver que su señor, por momentos, iba dando muestras de estar en su entero juicio; de lo cual recibieron los dos gran contento, por parecerles que habían acertado en haberle traído encantado en el carro de los bueyes, como se contó en la Primera parte desta tan grande como puntual historia,

en sus últimos capítulos; y así, determinaron de visitarle y hacer experiencia de su mejoría, aunque tenían casi por imposible que la tuviese; y acordaron de no tocarle en ningún punto de la andante caballería, por no ponerse a peligro de descoser los de la herida, que tan tiernos estaban.

Visitáronle en fin, y halláronle sentado en la cama, vestida una almilla de bayeta verde, con un bonete colorado toledano; y estaba tan seco y amojamado, que no parecía sino hecho de carne momia. Fueron dél muy bien recibidos; preguntáronle por su salud, y él dió cuenta de sí y de ella con mucho juicio y con muy elegantes palabras, y en el discurso de su plática vinieron a tratar en esto que llaman razón de estado y modos de gobierno, enmendando este abuso y condenando aquél, reformando una costumbre y desterrando otra, haciéndose cada uno de los tres un nuevo legislador, un Licurgo moderno o un Solón flamante; y de tal manera renovaron la república, que no pareció sino que la habían puesto en una fragua, y sacado otra de la que pusieron; y habló Don Quijote con tanta discreción en todas las materias que se tocaron, que los dos examinadores creyeron indubitadamente que estaba del todo bueno y en su entero juicio.

Halláronse presentes a la plática la Sobrina y Ama, y no se hartaban de dar gracias a Dios de ver a su señor con tan buen entendimiento; pero el Cura, mudando el propósito primero, que era de no tocarle en cosa de caballerías, quiso hacer de todo en todo experiencia si la sanidad de Don Quijote era falsa o verdadera; y así, de lance en lance, vino a contar algunas nuevas que habían venido de la corte, y entre otras, dijo que se tenía por cierto que el Turco bajaba con una poderosa armada, y que no se sabía su designio, ni adónde había de descargar tan gran nublado; y con este temor, con que casi cada año nos toca arma, estaba puesta en ella toda la cristiandad, y su Majestad había hecho proveer las costas de Nápoles y Sicilia y la isla de Malta.

A esto respondió Don Quijote:

—Su Majestad ha hecho como prudentísimo guerrero en proveer sus estados con tiempo, porque no le halle desapercibido el enemigo; pero si se tomara mi consejo, aconsejárale yo que usara de una prevención de la cual su Majestad, a la hora de agora, debe estar muy ajeno de pensar en ella.

Apenas oyó esto el Cura, cuando dijo entre sí:

—Dios te tenga de su mano, pobre Don Quijote; que me parece que te despeñas de la alta cumbre de tu locura hasta el profundo abismo de tu simplicidad.

Mas el Barbero, que ya había dado en el mismo pensamiento que el Cura, preguntó a Don Quijote cuál era la advertencia de la prevención que decía era bien se hiciese; quizá podría ser tal que se pusiese en la lista de los muchos advertimientos impertinentes que se suelen dar a los príncipes.

—El mío, señor rapador—dijo Don Quijote—, no será impertinente, sino perteneciente.

—No lo digo por tanto—replicó el Barbero—, sino porque tiene mostrado la experiencia que todos o los más arbitrios que se dan a su Majestad, o son imposibles o disparatados, o en daño del Rey o del reino.

—Pues el mío—respondió Don Quijote—, ni es imposible ni disparatado, sino el más fácil, el más justo y el más mañero y breve que puede caber en pensamiento de arbitrate alguno.

—Ya tarda en decirle vuesa merced, señor Don Quijote—dijo el Cura.

—No quería—dijo Don Quijote—que le dijese yo aquí agora, y amaneciese mañana en los oídos de los señores consejeros, y se llevase otro las gracias y el premio de mi trabajo.

—Por mí—dijo el Barbero—, doy la palabra, para aquí y para adelante de Dios, de no decir lo que vuesa merced dijere, a rey ni a Roque, ni a hombre terrenal, juramento que aprendí del romance del Cura que en el prefacio avisó al Rey del ladrón que le había robado las cien doblas y la su mula andariega.

—No sé historias—dijo Don Quijote—; pero sé que es bueno ese juramento, en fe de que sé que es hombre de bien el señor Barbero.

—Cuando no lo fuera—dijo el Cura—, ya le abono y salgo por él, que en este caso no hablará más que un mudo, so pena de pagar lo juzgado y sentenciado.

—Y a vuesa merced, ¿quién le fia, señor Cura?—dijo Don Quijote.

—Mi profesión—respondió el Cura—, que es de guardar secreto.

—¡Cuerpo de tal!—dijo a esta sazón Don Quijote—¿Hay más, sino mandar su Majestad por público pregón que se junten en la corte, para un día señalado, todos los caballeros andantes que vagan por España? Que aunque no viniesen sino media docena, tal podría venir entre ellos que solo bastase a destruir toda la potestad del Turco. Esténme vuestras mercedes atentos, y vayan conmigo. ¿Por ventura, es cosa nueva deshacer un solo caballero andante un ejército de docientos mil hombres, como si todos juntos tuvieran una sola garganta o fueran hechos de alfenique? Si no, díganme: ¿cuántas historias están llenas destas maravillas! ¡Había, enhoramala para mí (que no quiero decir para otro), de vivir hoy el famo-

so don Belianís, o alguno de los del innumerable linaje de Amadís de Gaula! Que si alguno destes hoy viviera, y con el Turco se afrontara, a fe que no le arrendara la ganancia. Pero Dios mirará por su pueblo, y deparará alguno que, si no tan bravo como los pasados andantes caballeros, a lo menos no les será inferior en el ánimo... y Dios me entiende, y no digo más.

—¡Ay!—dijo a este punto la Sobrina—¡Que me maten, si no quiere mi señor volver a ser caballero andante!

A lo que dijo Don Quijote:

—Caballero andante he de morir; y baje o suba el Turco cuando él quisiere, y cuando poderosamente pudiere; que otra vez digo que Dios me entiende.

A esta sazón dijo el Barbero:

—Suplico a vuestras mercedes que se me dé licencia para contar un cuento breve, que sucedió en Sevilla, que, por venir aquí como de molde, me da gana de contarle.

Dió la licencia Don Quijote, y el Cura y los demás le prestaron atención, y él comenzó desta manera:

—En la casa de los locos de Sevilla estaba un hombre, a quien sus parientes habían puesto allí por falta de juicio: era graduado en cánones, por Osuna; pero aunque lo fuera por Salamanca, según opinión de muchos, no dejara de ser loco. Este tal graduado, al cabo de algunos años de recogimiento, se dió a entender que estaba cuerdo y en su entero juicio, y con esta imaginación, escribió al Arzobispo, suplicándole encarecidamente y con muy concertadas razones le mandase sacar de aquella miseria en que vivía; pues, por la misericordia de Dios, había ya cobrado el juicio perdido; pero; que sus parientes, por gozar de la renta de su hacienda, le tenían allí, y a pesar de la verdad, querían que fuese loco hasta la muerte. El Arzobispo, persuadido de muchos billetes concertados y discretos, mandó a un capellán suyo se informase del Retor de la casa si era verdad lo que aquel Licenciado le escribía, y que asimismo hablase con él; y que si le pareciese que tenía juicio, le sacase y pusiese en libertad. Hízolo así el Capellán, y el Retor le dijo que aquel hombre aún se estaba loco; que puesto que hablaba muchas veces como persona de grande entendimiento, al cabo disparaba con tantas necedades, que en muchas y en grandes igualaban a sus primeras discreciones, como se podía hacer la experiencia, hablándole. Quiso hacerla el Capellán; y poniéndole con el loco, habló con él una hora y más, y en todo aquel tiempo jamás el loco dijo razón torcida ni disparatada; antes habló tan atentadamente, que el Capellán

fué forzado a creer que el loco estaba cuerdo. Y entre otras cosas que el loco le dijo fué, que el Retor le tenía ojeriza, por no perder los regalos que sus parientes le hacían porque dijese que aún estaba loco y con lúcidos intervalos; y que el mayor contrario que en su desgracia tenía era su mucha hacienda; pues por gozar della sus enemigos, ponían dolo y duda en la merced que nuestro Señor le había hecho en volverle de bestia en hombre. Finalmente, él habló de manera, que hizo sospechoso al Retor, codiciosos y desalmados a sus parientes, y a él tan discreto, que el Capellán se determinó a llevarsele consigo a que el Arzobispo le viese, y tocase con la mano la verdad de aquel negocio. Con esta buena fe, el buen Capellán pidió al Retor mandase dar los vestidos, con que allí había entrado, al Licenciado: volvió a decir el Retor que mirase lo que hacía, porque sin duda alguna el Licenciado aún se estaba loco. No sirvieron de nada para con el Capellán las prevenciones y advertimientos del Retor, para que dejase de llevarle; obedeció el Retor, viendo ser orden del Arzobispo; pusieron al Licenciado sus vestidos, que eran nuevos y decentes; y como él se vió vestido de cuerpo y desnudo de loco, suplicó al Capellán que por caridad le diese licencia para ir a despedirse de sus compañeros los locos. El Capellán dijo que él le quería acompañar, y ver los locos que en la casa había. Subieron, en efeto, y con ellos algunos que se hallaron presentes; y llegando el Licenciado a una jaula adonde estaba un loco furioso, aunque entonces sosegado y quieto, le dijo: «Hermano mío, mire si me manda algo; que me voy a mi casa; que ya Dios ha sido servido, por su infinita bondad y misericordia, sin yo merecerlo, de volverme mi juicio. Ya estoy sano y cuerdo; que acerca del poder de Dios ninguna cosa es imposible: tenga grande esperanza y confianza en él; que pues a mí me ha vuelto a mi primero estado, también le volverá a él, si en él confía. Yo tendré cuidado de enviarle algunos regalos que coma; y cómalos en todo caso; que le hago saber que imagino (como quien ha pasado por ello) que todas nuestras locuras proceden de tener los estómagos vacíos y los celebros llenos de aire: esfuércese, esfuércese; que el descaecimiento en los infortunios apoca la salud y acarrea la muerte.»

Todas estas razones del Licenciado escuchó otro loco, que estaba en otra jaula, frontero de la del furioso; y levantándose de una estera vieja donde estaba echado y desnudo en cueros, preguntó a grandes voces quién era el que se iba sano y cuerdo. El Licenciado respondió:

«—Yo soy, hermano, el que me voy; que ya no tengo necesidad de estar más aquí, por lo que doy infinitas gracias a los cielos, que tan grande merced me han hecho.

«—Mirad lo que decís, Licenciado; no os engañe el diablo—replicó el loco—sosegad el pie, y estaos quedito en vuestra casa, y ahorraréis la vuelta.»

«—Yo sé que estoy bueno—replicó el Licenciado—, y no habrá por qué tornar a andar estaciones.»

«—¿Vos, bueno!—dijo el loco—Agora bien, ello dirá. Andad con Dios, pero yo os voto a Júpiter, cuya majestad yo represento en la tierra, que sólo este pecado que hoy comete Sevilla, en sacaros desta casa y en tener por cuerdo, tengo de hacer un tal castigo en ella, que quede memoria por todos los siglos de los siglos, amén. ¿No sabes tú, Licenciadillo menguado, que lo podré hacer; pues, como digo, soy Júpiter Tonante, que tengo en mis manos los rayos abrasadores, con que puedo y suelo amenazar destruir el mundo? Pero con sólo una cosa quiero castigar a este ignorante pueblo, y es con no llover en él ni en todo su distrito y contorno por tantos enteros años, que se han de contar desde el día y punto en que ha sido hecha esta amenaza en adelante. ¡Tú libre, tú sano, tú cuerdo! Y ¡yo loco y yo enfermo, y yo atado! Así pienso llover, como pensar ahorcarme.»

A las voces y a las razones del loco estuvieron los circunstantes atentos, pero nuestro Licenciado, volviéndose a nuestro Capellán y asiéndole de las manos, le dijo:

«—No tenga vuesa merced pena, señor mío, ni haga caso de lo que el loco ha dicho; que si él es Júpiter, y no quisiere llover, yo, que soy Neptuno, el padre y el dios de las aguas, lloveré todas las veces que se me antojare y fuere menester.»

Rióse el Retor, y los presentes, por cuya risa se medio corrió y respondió el Capellán:—Con todo eso, señor Neptuno, no será bien enojar al señor Júpiter: vuesa merced se quede en su casa; que otro día, cuando haya más comodidad y más espacio, volveremos por vuesa merced.» Desnudaron al Licenciado, quedóse en casa, y acabóse el cuento.

—Pues ¿éste es el cuento, señor Barbero—dijo Don Quijote—, que yo he venido aquí como de molde, no podía dejar de contarle? ¡Ah, señor rapista, señor rapista! Y ¡cuán ciego es aquel que no ve por tela de cedazo! Y ¿es posible que vuestra merced no sabe que las comparaciones que se hacen de ingenio a ingenio, de valor a valor, de hermosura a hermosura y de linaje a linaje son siempre odiosas y mal recibidas? Yo, señor Barbero, no soy Neptuno, el dios de las aguas, ni procuro que nadie me tenga por discreto no lo siendo; sólo me fatigo por dar a entender al mundo el error en que está en no renovar en sí el felicísimo tiempo donde campeaba la Orden de la andante caballería; pero no es merecedora la depravada edad nuestra de gozar tanto bien como el que gozaron las edades donde los andantes caballe-

ros tomaron a su cargo y echaron sobre sus espaldas la defensa de los reinos, el amparo de las doncellas, el socorro de los huérfanos y pupilos, el castigo de los soberbios y el premio de los humildes. Los más de los caballeros que agora se usan...antes les crujen los damascos, los brocados y otras ricas telas de que se visten, que la malla con que se arman. Ya no hay caballero que duerma en los campos, sujeto al rigor del cielo, armado de todas armas desde los pies a la cabeza: ya no hay quien, sin sacar los pies de los estribos, arrimado a su lanza, sólo procure descabezar, como dicen, el sueño, como lo hacían los caballeros andantes; ya no hay ninguno que saliendo de este bosque, entre en aquella montaña, y de allí pase a una estéril y desierta playa del mar, las más veces proceloso y alterado, y hallando en ella y en su orilla un pequeño batel sin remos, vela, mástil ni jarcia alguna, con intrépido corazón se arroje en él entregándose a las implacables olas del mar profundo, que ya le suben al cielo y ya le bajan al abismo; y él, puesto el pecho a la incontrastable borrasca, cuando menos se cata se halla tres mil y más leguas distante del lugar donde se embarcó; y saltando en tierra remota y no conocida, le suceden cosas dignas de estar escritas, no en pergaminos, sino en bronces; mas agora ya triunfa la pereza de la diligencia, la ociosidad del trabajo, el vicio de la virtud, la arrogancia de la valentía, y la teórica de la práctica de las armas, que sólo vivieron y resplandecieron en las edades del oro de los andantes caballeros. Si no, díganme, ¿quién más honesto y más valiente que el famoso Amadís de Gaula? ¿Quién más discreto que Palmerín de Inglaterra? ¿Quién más acomodado y manual que Tirante el Blanco? ¿Quién más galán que Lisuarte de Grecia? ¿Quién más acuchillado ni acuchillador que don Belianís? ¿Quién más intrépido que Perión de Gaula? O ¿quién más acometedor de peligros que Félixmarie de Hircania? O ¿quién más sincero que Esplandián? ¿Quién más arrojado que don Cirongilio de Tracia? ¿Quién más bravo que Rodamonte? ¿Quién más prudente que el rey Sobrino? ¿Quién más atrevido que Reinaldos? ¿Quién más invencible que Roldán? Y ¿quién más gallardo y más cortés que Rugero, de quien decíenden hoy los duques de Ferrara, según Turpín en su *Cosmografía*? Todos estos caballeros, y otros muchos que pudiera decir, señor Cura, fueron caballeros andantes, luz y gloria de la caballería. Déstos, o tales como éstos, quisiera yo que fueran los de mi arbitrio; que a serlo, su Majestad se hallara bien servido y ahorrra de mucho gasto, y el Turco se quedara pelando las barbas. Y con esto, me quiero quedar en mi casa, pues no me saca el Capellán della; y si Júpiter, como ha dicho el Barbero, no lloviere, aquí estoy yo, que lloveré cuando se me antojare; digo esto porque sepa el señor bacía que le entiendo.

—En verdad, señor Don Quijote—dijo el Barbero—, que no lo dije por tanto, y así me ayude Dios como fué buena mi intención, y que no deba vuesa merced sentirse.

—Si puedo sentirme o no—respondió Don Quijote—, yo me lo sé.

A esto dijo el Cura:

—Aun bien que yo casi no he hablado palabra hasta ahora; y no quisiera quedar con un escrúpulo que me roe y escarba la conciencia, nacido de lo que aquí el señor Don Quijote ha dicho.

—Para otras cosas más graves—respondió Don Quijote—tiene licencia el señor Cura; y así, puede decir su escrúpulo, porque no es de gusto andar con la conciencia escrupulosa.

—Pues con ese beneplácito—respondió el Cura—, digo que mi escrúpulo es, que no me puedo persuadir en ninguna manera a que toda la caterva de caballeros andantes, que vuesa merced, señor Don Quijote, ha referido, hayan sido real y verdaderamente personas de carne y hueso en el mundo; antes imagino que todo es ficción, fábula y mentira, y sueños contados por hombres despiertos, o por mejor decir, medio dormidos.

—Ese es otro error—respondió Don Quijote—en que han caído muchos que no creen que haya habido tales caballeros en el mundo; y yo muchas veces, con diversas gentes y ocasiones, he procurado sacar a la luz de la verdad este casi común engaño; pero algunas veces no he salido con mi intención, y otras sí, sustentándola sobre los hombros de la verdad; la cual verdad es tan cierta, que estoy por decir que con mis propios ojos ví a Amadís de Gaula, que era un hombre alto de cuerpo, blanco de rostro, bien puesto de barba, aunque negra, de vista entre blanda y rigurosa, corto de razones, tardo en airarse y presto en deponer la ira; y del modo que he delineado a Amadís, pudiera, a mi parecer, pintar y describir todos cuantos caballeros andantes andan en las historias en el orbe; que por la aprehensión que tengo de que fueron como sus historias cuentan, y por las hazañas que hicieron y condiciones que tuvieron, se pueda sacar por buena filosofía sus facciones, sus colores y estaturas.

—¿Que tan grande le parece a vuesa merced, mi señor Don Quijote—preguntó el Barbero—, debía de ser el gigante Morgante?

—En esto de gigantes—respondió Don Quijote—hay diferentes opiniones, si los ha habido o no en el mundo; pero la Santa Escritura, que no puede faltar un átomo en la verdad, nos muestra los que hubo, contándonos la historia de aquel filisteazo de Goliath, que tenía siete codos y medio de altura, que es una desmesurada grandeza. También en la isla de Sicilia se han hallado canillas y espaldas tan grandes, que su grandeza manifiesta

que fueron gigantes sus dueños, y tan grandes como grandes torres; que la simetría saca esta verdad de duda. Pero con todo esto, no sabré decir con certidumbre qué tamaño tuviese Morgante, aunque imagino que no debió de ser muy alto; y muéveme a ser deste parecer hallar en las historias donde se hace mención particular de sus hazañas, que muchas veces dormía debajo de techado; y pues hallaba casa donde cupiese, claro está que no era desmesurada su grandeza.

—Así es—dijo el Cura; el cual gustando de oírle decir tan grandes disparates, le preguntó que qué sentía acerca de los rostros de Reinaldos de Montalbán y de don Roldán, y de los demás doce Pares de Francia, pues todos habían sido caballeros andantes.

—De Reinaldos—respondió Don Quijote—, me atrevo a decir que era ancho de rostro, de color bermejo, los ojos bailadores y algo saltados, puntoso y colérico en demasía, amigo de ladrones y de gente perdida. De Roldán, o Rotolando o Orlando (que con todos estos nombres le nombran las historias), soy de parecer y afirmo que fué de mediana estatura, ancho de espaldas, algo estevado, moreno de rostro y barbitaheño, velloso en el cuerpo y de vista amenazadora, corto de razones, pero muy comedido y bien eriado.

—Si no fué Roldán más gentil hombre que vuesa merced ha dicho—repliqué el Cura—, no fué maravilla que la señora Angélica la Bella le desdénase y dejase; y anduvo discreta de adamar antes la blandura de Medoro que la aspereza de Roldán.

En esto oyeron que el Ama y la Sobrina, que ya habían dejado la conversación, daban grandes voces en el patio, y acudieron todos al ruido.

CAPÍTULO II

Que trata de la notable pendencia que Sancho Panza tuvo con la Sobrina y Ama de Don Quijote, con otros sucesos graciosos.

Cuenta la historia que las voces que oyeron Don Quijote, el Cura y el Barbero eran de la Sobrina y Ama, que las daban diciendo a Sancho Panza, que pugnaba por entrar a ver a Don Quijote, y ellas le defendían la puerta:

—¿Qué quiere este mostrenco en esta casa? Idos a la vuestra, hermano: que vos sois, y no otro, el que destrae y sonsaca a mi señor, y le lleva por esos andurriales.

A lo que Sancho respondió:

—Ama de Satanás, el sonsacado y el distraído y el llevado por esos andu-

riales soy yo, que no tu amo. El me llevó por esos mundos, y vosotras os engañáis en la mitad del justo precio: él me sacó de mi casa con engañifas prometiéndome una ínsula que hasta agora la espero.

—¡Malas ínsulas te ahoguen—respondió la Sobrina—, Sancho maldito! Y ¿qué son ínsulas? ¿Es alguna cosa de comer, golosazo, comilón, que tú eres?

—No es de comer—replicó Sancho—, sino de gobernar y regir, mejor que cuatro ciudades y que cuatro alcaldías de corte.

—Con todo eso—dijo el Ama—, no entraréis acá, saco de maldades y costal de malicias; id a gobernar vuestra casa y a labrar vuestros pegujares, y dejaos de pretender ínsulas ni ínsulos.

Grande gusto recibían el Cura y el Barbero de oír el coloquio de los tres; pero Don Quijote, temeroso de que Sancho se descosiese, y desbuchase algún montón de maliciosas necedades, y tocase en puntos que no le estarían bien a su crédito, le llamó, y hizo a las dos que callasen y le dejasen entrar. Entró Sancho, y el Cura y el Barbero se despidieron de Don Quijote, de cuya salud desesperaron, viendo cuán puesto estaba en sus desvariados pensamientos, y cuán embebido en la simplicidad de sus malandantes caballerías; y así, dijo el Cura al Barbero:

—Vos veréis, compadre, cómo, cuando menos lo pensemos, nuestro hidalgo sale otra vez a volar la ribera.

—No pongo yo duda en eso—respondió el Barbero—; pero no me maravillo tanto de la locura del caballero como de la simplicidad del escudero; que tan creído tiene aquello de la ínsula, que creo que no se lo sacarán del casco cuantos desengaños pueden imaginarse.

—Dios lo remedie—dijo el Cura—, y estemos a la mira; veremos en lo que para esta máquina de disparates de tal caballero y de tal escudero; que parece que los forjaron a los dos en una mesma turquesa, y que las locuras del señor sin las necedades del criado no valían un ardite.

—Así es—dijo el Barbero—, y holgara mucho saber qué tratarán ahora los dos.

—Yo aseguro—repondió el Cura—que la Sobrina o el Ama nos lo cuenten después; que no son de condición que dejarán de escucharlo.

En tanto Don Quijote se encerró con Sancho en su aposento, y estando solos, le dijo:

—Mucho me pesa, Sancho, que hayas dicho y digas que yo fui el que te saqué de tus casillas, sabiendo que yo no me quedé en mis casas. Juntos salimos, juntos fuimos y juntos peregrinamos; una misma fortuna y una misma suerte ha corrido por los dos; si a ti te mantearon una vez, a mí me han molido ciento, y esto es lo que te llevo de ventaja.

—Eso estaba puesto en razón—respondió Sancho—; porque, según vuesa merced dice, más anejas son a los caballeros andantes las desgracias que a sus escuderos.

—Engañaste, Sancho—dijo Don Quijote—, según aquello: *quando caput dolet, etc.*

—No entiendo otra lengua que la mía—respondió Sancho.

—Quiero decir—dijo Don Quijote—, que cuando la cabeza duele, todos los miembros duelen; y así, siendo yo tu amo y señor, soy tu cabeza, y tú mi parte, pues eres mi criado; y por esta razón, el mal que a mí me toca o tocara, a ti te ha de doler, y a mí el tuyo.

—Así había de ser—dijo Sancho—; pero cuando a mí me manteaban como a miembro, se estaba mi cabeza detrás de las bardas mirándome volar por los aires, sin sentir dolor alguno; y pues los miembros están obligados a dolerse del mal de la cabeza, había de estar obligada ella a dolerse dellos.

—¿Querrás tú decir agora Sancho—respondió Don Quijote—, que no me dolía yo cuando a ti te manteaban? Y si lo dices, no lo digas ni lo pienses, pues más dolor sentía yo entonces en mi espíritu, que tú en tu cuerpo. Pero dejemos esto aparte por agora; que tiempo habrá donde lo pondremos y pongamos en su punto; y dime, Sancho amigo, ¿qué es lo que dicen de mí por ese lugar? ¿En qué opinión me tiene el vulgo, en qué los hidalgos y en qué los caballeros? ¿Qué dicen de mi valentía? ¿Qué de mis hazañas? Y ¿qué de mi cortesía? ¿Qué se platica del asunto que he tomado, de resucitar y volver al mundo la ya olvidada Orden caballerisca? Finalmente, quiero, Sancho, me digas lo que acerca desto ha llegado a tus oídos; y esto me has de decir, sin añadir al bien, ni quitar al mal cosa alguna; que de los vasallos leales es decir la verdad a sus señores en su ser y figura propia, sin que la adulación la acreciente u otro vano respeto la disminuya; y quiero que sepas, Sancho, que si a los oídos de los príncipes llegase la verdad desnuda, sin los vestidos de la lisonja, otros siglos correrían, otras edades serían tenidas por más de hierro que la nuestra; que entiendo que, de las que ahora se usan, es la dorada. Sírvate este advertimiento, Sancho, para que discreta y bien intencionadamente pongas en mis oídos la verdad de las cosas que supieres de lo que te he preguntado.

—Eso haré yo de muy buena gana, señor mío—respondió Sancho—, con condición que vuesa merced no se ha de enojar de lo que dijere, pues quiere que lo diga en cueros, sin vestirlo de otras ropas de aquellas con que llegaron a mi noticia.

—En ninguna manera me enojaré—respondió Don Quijote—; bien puedes, Sancho, hablar libremente y sin rodeo alguno.

—Pues lo primero que digo—dijo—, es que el vulgo tiene a vuesa merced por grandísimo loco, y a mí por no menos mentecato. Los hidalgos dicen que no conteniéndose vuesa merced en los límites de la hidalguía, se ha puesto *don* y se ha arremetido a caballero, con cuatro cepas y dos yugadas de tierra, y con un trapo atrás y otro adelante. Dicen los caballeros que no querían que los hidalgos se opusiesen a ellos, especialmente aquellos hidalgos escuderiles que dan humo a los zapatos y toman los puntos de las medias negras con seda verde.

—Eso—dijo Don Quijote—no tiene que ver conmigo, pues ando siempre bien vestido, y jamás remendado; roto, bien podría ser, y si roto, más de las armas que del tiempo.

—En lo que toca—prosiguió Sancho—a la valentía, cortesía, hazañas y asunto de vuesa merced, hay diferentes opiniones: unos dicen, «loco, pero gracioso»; otros «valiente, pero desgraciado»; otros, «cortés, pero impertinente»; y per aquí van discurriendo en tantas cosas, que ni a vuesa merced ni a mí nos dejan hueso sano.

—Mira, Sancho—dijo Don Quijote—, donde quiera que está la virtud en eminente grado, es perseguida; pocos o ninguno de los famosos varones que pasaron dejó de ser calumniado de la malicia: Julio César, animosísimo, prudentísimo y valentísimo capitán, fué notado de ambicioso y algún tanto no limpio ni en sus vestidos ni en sus costumbres; Alejandro, a quien sus hazañas le alcanzaron el renombre de Magnó... dicen dél que tuvo sus ciertos puntos de borracho; de Hércules, el de los muchos trabajos, se cuenta que fué lascivo y muelle; de don Galaor, hermano de Amadís de Gaula, se murmura que fué más que demasíadamente rijoso, y de su hermano, que fué llorón. Así que, ¡oh, Sancho!, entre tantas calumnias de buenos, bien pueden pasar las mías, como no sean más de las que has dicho.

—Ahí está el toque, ¡cuerpo de mi padre!—replicó Sancho.

—Pues ¿hay más?—preguntó Don Quijote.

—Aún la cola falta por desollar—dijo Sancho— Lo de hasta aquí son tortas y pan pintado; mas si vuesa merced quiere saber todo lo que hay acerca de las caloñas que le ponen, yo le traeré aquí, luego al momento, quien se las diga todas, sin que les falta una meaja; que anoche llegó el hijo de Tomé Carrasco, que viene de estudiar de Salamanca, hecho bachiller; y yéndole yo a dar la bienvenida, me dijo que andaba ya en libros la historia de vuesa merced, con nombre de EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA; y dicen que me mientan a mí en ella con mi mismo nom-

bre de Sancho Panza, y a la señora Dulcinea del Toboso, con otras cosas que pasamos nosotros a solas, que me hice cruces, de espantado, cómo las pudo saber el historiador que las escribió.

—Yo te aseguro, Sancho—dijo Don Quijote—, que debe de ser algún sabio encantador el autor de nuestra historia: que a los tales no se les encubre nada de lo que quieren escribir.

—Y ¡cómo—dijo Sancho— si era sabio y encantador; pues según dice el Bachiller Sansón Carrasco (que así se llama el que dicho tengo), el autor de la historia se llama Cide Hamete Berengena!

—Ese nombre es de moro—respondió Don Quijote.

—Así será—respondió Sancho—; porque, por la mayor parte, he oído decir que los moros son amigos de berengenas.

—Tú debes, Sancho—dijo Don Quijote—, errarte en el sobrenombre de ese *Cide*, que en arábigo quiere decir *señor*.

—Bien podría ser—replicó Sancho—; mas si vuesa merced gusta que yo le haga venir aquí al Bachiller, iré por él en volandas.

—Harásme mucho placer, amigo—dijo Don Quijote—; que me tiene suspenso lo que me has dicho, y no comeré bocado que bien me sepa hasta ser informado de todo.

—Pues yo voy por él—respondió Sancho; y dejando a su señor, se fué a buscar al Bachiller, con el cual volvió de allí a poco espacio, y juntos los tres, pasaron un graciosísimo coloquio.

CAPÍTULO III

Del ridículo razonamiento que pasó entre Don Quijote, Sancho Panza y el Bachiller Sansón Carrasco.

Pensativo además quedó Don Quijote, esperando al Bachiller Carrasco, de quien esperaba oír las nuevas de sí mismo, puestas en libro, como había dicho Sancho; y no se podía pe suadir a que tal historia hubiese, pues aún no estaba enjuta en la cuchilla de su espada la sangre de los enemigos que había muerto, y ya querían que anduviesen en estampa sus altas caballerías. Con todo eso, imaginó que algún sabio, o ya amigo o enemigo, por arte de encantamento las habría dado a la estampa; si amigo, para engrandecerlas y levantarlas sobre las más señaladas de caballero andante; si enemigo, para aniquilarlas y ponerlas debajo de las más viles que de algún vil escudero se hubiese escrito; puesto (decía entre sí) que nunca hazañas de escu-

deros se escribieron»; y cuando fuese verdad que la tal historia hubiese, siendo de caballero andante, por fuerza había de ser grandilocua, alta, insigne, magnífica y verdadera. Con esto se consoló algún tanto; pero desconsolóle pensar que su autor era moro, según aquel nombre de *Cide*; y de los moros no se podía esperar verdad alguna, porque todos son embebecadores, falsarios y quimeristas. Temíase no hubiese tratado sus amores con alguna indecencia, que redundase en menoscabo y perjuicio de la honestidad de su señora Dulcinea del Toboso; deseaba que hubiese declarado su fidelidad y el decoro que siempre la había guardado, menospreciando reinas, emperatrices y doncellas de todas calidades; y así, envuelto y revuelto en éstas y otras muchas imaginaciones, le hallaron Sancho y Carrasco, a quien Don Quijote recibió con mucha cortesía.

Era el Bachiller, aunque se llamaba Sansón, no muy grande de cuerpo, aunque muy gran socarrón; de color macilenta, pero de muy buen entendimiento. Tendría hasta veinticuatro años, carirredondo, de nariz chata y de boca grande; señales todas de ser de condición maliciosa y amigo de donaires y de burlas, como lo mostró en viendo a Don Quijote, poniéndose delante dél de rodillas, diciéndole:

—Deme vuestra grandeza las manos, señor Don Quijote de la Mancha; que, por el hábito de San Pedro que visto, aunque no tengo otras Órdenes que las cuatro primeras, que es vuesa merced uno de los más famosos caballeros andantes que ha habido, ni aun habrá, en toda la redondez de la tierra. ¡Bien haya Cide Hamete Benengeli, que la historia de vuestras grandezas dejó escritas, y rebíen haya el curioso que tuvo cuidado de hacerlas traducir de arábigo en nuestro vulgar castellano, para universal entretenimiento de las gentes!

Hízole levantar Don Quijote, y dijo:

—Desa manera, ¿verdad es que hay historia mía, y que fué moro y sabio el que la compuso?

—Es tan verdad, señor—dijo Sansón—, que tengo para mí que el día de hoy están impresos más de doce mil libros de la tal historia; si no, dígalo Portugal, Barcelona y Valencia, donde se han impreso, y aun hay fama que se está imprimiendo en Amberes, y a mí se me trasluce que no ha de haber nación ni lengua donde no se traduzga.

—Una de las cosas—dijo a esta sazón Don Quijote—que más debe de dar contento a un hombre virtuoso y eminente, es verse, viviendo, andar con buen nombre por las lenguas de las gentes, impreso y en estampa; dije con buen nombre, porque siendo al contrario, ninguna muerte se le igualara.

—Si por buena fama y si por buen nombre va—dijo el Bachiller—, sólo

vuesa merced lleva la palma a todos los caballeros andantes; porque el moro en su lengua y el cristiano en la suya tuvieron cuidado de pintarnos muy al vivo la gallardía de vuesa merced, el ánimo grande en acometer los peligros, la paciencia en las adversidades y el sufrimiento, así en las desgracias como en las heridas; la honestidad y continencia en los amores tan platónicos de vuesa merced y de mi señora doña Dulcinea del Toboso...

—Nunca—dijo a este punto Sancho Panza—he oído llamar con *don* a mi señora Dulcinea, sino solamente *la señora Dulcinea del Toboso*, y ya en esto anda errada la historia.

—No es objeción de importancia ésa—respondió Carrasco.

—No, por cierto—respondió Don Quijote—; pero dígame vuesa merced señor Bachiller, ¿qué hazañas mías son las que más se ponderan en esa historia?

—En eso—respondió el Bachiller—hay diferentes opiniones, como hay diferentes gustos: unos se atienen a la aventura de los molinos de viento, que a vuesa merced le parecieron Briareos y gigantes; otros a la de los batanes; éste a la descripción de los dos ejércitos, que después parecieron ser dos manadas de carneros; aquél encarece la del muerto que llevaban a enterrar a Segovia; uno dice que a todas se aventaja la de la libertad de los galeotes; otro que ninguna iguala a la de los dos gigantes benitos, con la pendencia del valeroso vizcaíno.

—Dígame, señor Bachiller—dijo a esta sazón Sancho—, ¿entra ahí la aventura de los yangüeses, cuando a nuestro buen Rocinante se le antojó pedir cotufas en el golfo?

—No se le quedó nada—respondió Sansón—al sabio en el tintero; todo lo dice y todo lo apunta, hasta lo de las cabriolas que el buen Sancho hizo en la manta.

—En la manta no hice yo cabriolas—respondió Sancho—; en el aire sí, y aun más de las que yo quisiera.

—A lo que yo imagino—dijo Don Quijote—, no hay historia humana en el mundo que no tenga sus altibajos, especialmente las que tratan de caballerías, las cuales nunca pueden estar llenas de prósperos sucesos.

—Con todo eso—respondió el Bachiller—, dicen al unos que han leído la historia, que se holgaran se les hubiera olvidado a los autores della algunos de los infinitos palos que en diferentes encuentros dieron al señor Don Quijote.

—Ahí entra la verdad de la historia—dijo Sancho.

—También pudieran callarlos por equidad—dijo Don Quijote—; pues las acciones que ni mudan ni alteran la verdad de la historia, no hay para

qué escribirlas, si han de redundar en menosprecio del héroe de la historia. A fe que no fué tan piadoso Eneas como Virgilio le pinta, ni tan prudente Ulises como le describe Homero.

—Así es—replicó Sansón—; pero uno es escribir como poeta, y otro como historiador: el poeta puede contar o cantar las cosas, no como fueron, sino como debían ser; y el historiador las ha de escribir, no como debían ser, sino como fueron, sin añadir ni quitar a la verdad cosa alguna.

—Pues si es que se anda a decir verdades ese señor moro—dijo Sancho—, a buen seguro que entre los palos de mi señor se hallen los míos; porque nunca a su merced le tomaron la medida de las espaldas, que no me la tomasen a mí de todo el cuerpo; pero no hay de qué maravillarme; pues, como dice el mismo señor mío, del dolor de la cabeza han de participar los miembros.

—Socarrón sois, Sancho—respondió Don Quijote—; a fe que no os falta memoria cuando vos queréis tenerla.

—Cuando yo quisiese olvidarme de los garrotazos que me han dado—dijo Sancho—, no lo consentirán los cardenales, que aún están frescos en las costillas.

—Callad, Sancho—dijo Don Quijote—, y no interrumpáis al señor Bachiller, a quien suplico pase adelante en decirme lo que se dice de mí en la referida historia.

—Y de mí—dijo Sancho—; que también dicen que soy yo uno de los principales presonajes della.

—*Personajes*, que no *presonajes*, Sancho amigo—dijo Sansón.

—¡Otro reprochador de voquibles tenemos!—dijo Sancho—Pues ándense a eso, y no acabaremos en toda la vida

—Mala me la dé Dios, Sancho—respondió el Bachiller—, si no sois vos la segunda persona de la historia, y que hay tal que precia más oiros hablar a vos que al más pintado de toda ella; puesto que también hay quien diga que anduviste demasíadamente de crédulo en creer que podría ser verdad el gobierno de aquella ínsula, ofrecida por el señor Don Quijote, que está presente.

—Aún hay sol en las bardas—dijo Don Quijote—; y mientras más fuere entrando en edad Sancho, con la experiencia que dan los años estará más idóneo y más hábil para ser gobernador, que no está agora.

—Por Dios, señor—dijo Sancho—, la isla que yo no gobernase con los años que tengo, no la gobernaré con los años de Matusalén: el daño está en que la dicha ínsula se entretiene no sé dónde; y no en faltarme a mí el caletre para gobernarla.

—Encomendadlo a Dios, Sancho—dijo Don Quijote—; que todo se hará bien, y quizá mejor de lo que vos pensáis; que no se mueve la hoja en el árbol sin la voluntad de Dios.

—Así es verdad—dijo Sansón—; que si Dios quiere, no le faltarán a Sancho mil ínsulas que gobernar, cuanto más una.

—Gobernadores he visto por ahí—dijo Sancho—, que, a mi parecer, no llegan a la suela de mi zapato; y con todo eso, los llaman señoría y se sirven con plata.

—Esos no son gobernadores de ínsulas—replicó Sansón—, sino de otros gobiernos más manuales; que los que gobiernan ínsulas, por lo menos han de saber gramática.

—Con la *grama* bien me avendría yo—dijo Sancho—; pero con la *tica*, ni me tiro ni me pago, porque no la entiendo; pero dejando esto del gobierno en las manos de Dios, que me eche a las partes donde más de mí se sirva; digo, señor Bachiller Sansón Carrasco, que infinitamente me ha dado gusto que el autor de la historia haya hablado de mí de manera que no enfaden las cosas que de mí se cuentan; que a fe de buen escudero, que si hubiera dicho de mí cosas que no fueran muy de cristiano viejo como soy, que nos habían de oír los sordos.

—Eso fuera hacer milagros—respondió Sansón.

—Milagros o no milagros—dijo Sancho—, cada uno mire cómo habla o cómo escribe de las presonas, y no ponga a trochemoche lo primero que le viene al magín.

—Una de las tachas que ponen a la tal historia—dijo el Bachiller—, es que su autor puso en ella una novela, intitulada *El Curioso impertinente*; no por mala ni por mal razonada, sino por no ser de aquel lugar ni tener que ver con la historia de su merced del señor Don Quijote.

—Yo apostaré—replicó Sancho—que ha mezclado el hideperro berzas con repollos.

—Ahora digo—dijo Don Quijote—que no ha sido sabio el autor de mi historia, sino algún ignorante hablador, que, a tiento y sin algún discurso, se puso a escribirla, salga lo que saliere, como hacía Orbaneja, el pintor de Úbeda, el cual, preguntándole qué pintaba, respondía: «Lo que saliere.» Tal vez pintaba un gallo, de tal suerte y tan mal parecido, que era menester que con letras góticas escribiese junto a él: *éste es gallo*, y así debe de ser de mi historia, que tendrá necesidad de comento para entenderla.

—Eso no—respondió Sansón—; porque es tan clara, que no hay cosa que dificultar en ella: los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres

la entienden y los viejos la celebran; y finalmente, es tan trillada y leída y tan sabida de todo género de gentes, que apenas han visto al rocín flaco, cuando dicen: «Allí va Rocinante.» Y los que más se han dado a su letura son los pajes. No hay antecámara de señor donde no se haya un *Don Quijote*; unos le toman, si otros le dejan; éstos le prestan, y aquellos le piden. Finalmente, la tal historia es del más gustoso y más perjudicial entretenimiento que hasta agora se haya visto, porque en ella no se descubre, ni por semejas, una palabra deshonesta ni un pensamiento menos que católico.

—A escribir de otra suerte—dijo Don Quijote—, no fuera escribir verdades, sino mentiras, y los historiadores que de mentiras se valen han de ser quemados, como los que hacen moneda falsa; y no sé yo que movió al autor a valerse de novelas y cuentos ajenos, habiendo tanto que escribir en los míos; sin duda se debió de atener al refrán: «De paja y heno», etc. Pues en verdad que en sólo manifestar mis pensamientos, mis suspiros, mis lágrimas, mis buenos deseos y mis acontecimientos, diera hacer un volumen, mayor (o tan grande) que el que pueden hacer todas las obras del Tostado. En efeto, lo que yo alcanzo, señor Bachiller, es que para componer historias y libros, de cualquier suerte que sea, es menester un gran juicio y un maduro entendimiento; decir gracioso y escribir donaires es de grandes ingenios. La más discreta figura de comedia es la del bobo, porque no lo ha de ser el que quiere dar a entender que es simple. La historia es como cosa sagrada, porque ha de ser verdadera, y donde está la verdad, está Dios en cuanto a verdad; pero no obstante está, hay algunos que así componen y arrojan libros de como si fuesen buñuelos.

—No hay libro tan malo—dijo el Bachiller—, que no tenga algo bueno.

—No hay duda en eso—replicó Don Quijote—; pero muchas veces acontece que los que tenían méritamente granjeada y alcanzada gran fama por sus escritos, en dándolos a la estampa, la perdieron del todo o la menguaron en algo.

—La causa deso es—dijo Sansón—, que como las obras impresas miran despacio, fácilmente se ven sus faltas; y tanto más se escudriña cuanto es mayor la fama del que las compuso. Los hombres famosos por sus ingenios, los grandes poetas, los ilustres historiadores, siempre o más veces son envidiados de aquellos que tienen por gusto y particular entretenimiento juzgar los escritos ajenos, sin haber dado algunos propios a la luz del mundo.

—Eso no es de maravillar—dijo Don Quijote—; porque muchos teo-

gos hay, que no son buenos para el púlpito, y son bonísimos para conocer las faltas o sobras de los que predicán.

—Todo eso es así, señor Don Quijote—dijo Carrasco—; pero quisiera yo que los tales censuradores fueran más misericordiosos y menos escrupulosos, sin atenerse a los átomos del sol clarísimo de la obra de que murmuran; que si *aliquando bonus dormitat Homerus*, consideren lo mucho que estuvo despierto, por dar la luz de su obra con la menos sombra que pudiese; y quizá podría ser que lo que a ellos les parece mal, fuesen lunares, que a las veces acrecientan la hermosura del rostro que los tiene; y así, digo que es grandísimo el riesgo a que se pone el que imprime un libro, siendo de toda imposibilidad imposible componerle tal, que satisfaga y contente a todos los que le leyeren.

—El que de mí trata—dijo Don Quijote—, a pocos habrá contentado.

—Antes es al revés, que como *stultorum infinitus est numerus*, infinitos son los que han gustado de tal historia; y algunos han puesto falta y dolo en la memoria del autor, pues se le olvidó de contar quién fué el ladrón que hurtó el Rucio a Sancho; que allí no se declara, y sólo se infiere de lo escrito que se le hurtaron, y de allí a poco le vemos a caballo sobre el mismo jumento, sin haber parecido. También dicen que se le olvidó poner lo que Sancho hizo de aquellos cien escudos que halló en la maleta en Sierra Morena, que nunca más los nombra, y hay muchos que desean saber qué hizo dellos o en qué los gastó, que es uno de los puntos sustanciales que faltan en la obra.

Sancho respondió:

—Yo, señor Sansón, no estoy ahora para ponerme en cuentas ni cuentas; que me ha tomado un desmayo de estómago, que si no le reparo con dos tragos de lo añejo, me pondrá en la espina de santa Lucía. En casa lo tengo, mi oíslo me aguarda; en acabando de comer, daré la vuelta, y satisfaré a vuesa merced y a todo el mundo, de lo que preguntar quisieren, así de la pérdida del jumento, como del gasto de los cien escudos.

Y sin esperar repuesta ni decir otra palabra, se fué a su casa.

Don Quijote pidió y rogó al Bachiller se quedase a hacer penitencia con él. Tuvo el Bachiller el envite, quedóse, añadióse al ordinario un par de pichones, tratóse en la mesa de caballerías, siguióle el humor Carrasco, acabóse el banquete, durmieron la siesta, volvió Sancho, y renovóse la plática pasada.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vol. 1425 BOSTON, MASS.